

CAPÍTULO VI.

NIDO SIN PÁJARO.

— Ahora, dijo Salvador costeano el estanque, vais ya comprendiendo todo esto.

— Todavía no muy bien, dijo Mr. Jackal.

— Pues bien, en tanto que á la niña la mataban en la casa, ahogaban al niño en el estanque. Brasil acudió á los gritos de la niña; ahogaba á Úrsula ó Mad. Gerard; volvía en seguida en busca de su otro amigo el niño, lo hallaba en el fondo del estanque, lo sacaba, recibía en el cuerpo una bala que después de haberlo atravesado de parte á parte iba á hundirse en el tronco de un árbol, donde la hemos encontrado. El perro cruelmente herido, huye. Entonces el asesino se acerca al cadáver del niño, lo coge y se lo lleva á enterrar.

— ¡ Á enterrarlo! dijo Mr. Jackal. ¿ Dónde?

— Vais á saberlo.

Mr. Jackal movió la cabeza.

— Lo he visto yo mismo, dijo Salvador.

Mr. Jackal movió de nuevo la cabeza.

— ¿ Y si lo vierais? dijo Salvador

— ¡ Diabla, si lo vierá!...

— ¿ Qué diriais?

— Diría que estaba allí en efecto.

— Vamos allá, dijo el joven.

Y redobló el paso.

El lector ve y conoce ya el camino que siguen: no es la primera vez que andan este camino.

Una vez ha visto pasar por él á Mr. Gerard y otra á Salvador.

La primera vez el crimen.

La segunda la justicia.

Brasil caminaba dos pasos delante de ellos, volviéndose cada cinco minutos para ver si le seguían.

— Ya hemos llegado, dijo Salvador.

Mr. Jackal se paró.

Brasil se detuvo como desorientado.

En lugar de aplicar la nariz al suelo, de arañar la tierra con sus patas, estaba en pie olfateando el aire por todos lados y gruñendo.

Salvador, que parecía leer en los movimientos de Brasil tan fácilmente como lo pudiera hacer en los suyos propios, comprendió que pasaba algo nuevo.

Miró á su alrededor.

Su mirada se fijó en Mr. Jackal.

La luna le iluminaba en aquel momento.

El polizone sonreía de un modo extraño.

— ¿ Decis que es aquí? preguntó Mr. Jackal.

— Aquí era al menos, respondió Salvador.

Después, dirigiéndose al perro:

— Busca, Brasil, le dijo.

Brasil venteó el aire, aplicó la nariz á la tierra y dejó escapar un lúgubre aullido.

— ¡ Oh! ; oh! dijo Salvador, nos hemos engañado, mi buen Brasil; ; busca, busca!...

Pero Brasil sacudió la cabeza como para indicar que era inútil buscar.

— ¡ Bah! dijo Salvador al perro... es que..

Y él mismo, arrodillándose, hizo lo que el perro rehusaba hacer ; es decir, sumergió su mano en el suelo.

La cosa era tanto más fácil, cuanto que la tierra parecía haber sido removida recientemente.

— ¿ Y bien ? preguntó Mr. Jackal.

— ¿ Qué ? dijo Salvador con voz ronca, porque se le desvanecía su suprema esperanza.

— El cadáver ha sido robado.

— ¿ Es malo eso ! dijo Mr. Jackal : hubiera sido una prueba ; buscad bien.

Á pesar de la visible repugnancia que le causaba el poner sus manos en contacto con aquella tierra, Salvador hundió el brazo hasta el hombro, y levantándose con la frente pálida, húmeda de sudor, brotando fuego los ojos, repitió por segunda vez :

— Han robado el cadáver.

— Pero ¿ quién ?... preguntó Mr. Jackal.

— El que tenía interés en hacerlo desaparecer.

— ¿ Estáis seguro que había ahí un cadáver ?

— Os digo, Mr. Jackal, que yo, yo mismo, conducido por Brasil, he hallado el esqueleto del pequeño Victor, que había sido enterrado aquí después de haber sido ahogado por su tío y sacado del agua por Rolando. ¿ No es verdad, Rolando ?

Rolando se levantó sobre sus patas traseras, apoyó las manos en el pecho de Salvador, y dejó escapar un largo y penetrante quejido.

— Pero ¿ cuándo estaba ahí ? preguntó Mr. Jackal.

— Anteayer estaba aún, replicó Salvador ; cuando lo deben haber sacado es anoche.

— Es natural, es natural, contestó Mr. Jackal, sin que en su voz se pudiera notar la menor alteración. Cuando

estaba ahí anteayer, debe haber sido anoche cuando lo han sacado, como vos decís.

— No es que lo digo, lo afirmo.

— ¿ Diablo ! ; diablo !...

Salvador miró de frente al polizonte.

— Confesad, le dijo, que ya de antemano sabíais que no hallaríais nada aquí.

— Sr. Salvador, yo creo todo lo que vos me decís ; y como me habíais dicho que encontraríamos algo aquí...

— Confesad que vos sabéis quién es el que ha quitado de aquí el cadáver.

— En verdad, mi querido Salvador, que no caigo en quién haya podido ser.

— Pardiez, Mr. Jackal, que vos, tan perspicaz siempre, estáis torpe esta noche.

— Confieso que no caigo...

— No será Mr. Sarranti, de fijo, puesto que está preso.

— No, dijo Mr. Jackal ; pero pueden haber sido sus cómplices, porque, en fin, ¿ quién dice que el cadáver no pueda haber sido sepultado aquí por Mr. Sarranti ? ¿ Quién dice que no es él quien ha ahogado al niño, y quien ha herido al perro ?

— Yo, dijo Salvador ; yo, yo soy quien lo digo, y la prueba... pero no ; á Dios gracias pienso encontrar otra mejor. ¿ No opináis como yo, que el que ha robado el cuerpo debe ser el asesino ?

— Muy lejos vais.

— Ó al menos su cómplice.

— Materia habría para sospecharlo.

— Rolando, ¿ aquí ! dijo Salvador.

El perro se acercó.

— ¡ Rolando ! aquí ha venido alguien la última noche, ¿ no es verdad ?

El perro ladró.

— Busca, Rolando, busca.

Rolando trazó un círculo, pareció encontrar una pista y se lanzó hacia el lado de la verja.

— Bien, Rolando, bien, dijo Salvador ; pero no vayamos muy de prisa. Mr. Jackal, sigamos á Rolando.

Y Mr. Jackal le siguió diciendo :

— ¡ Famoso podenco ! Sr. Salvador, ¡ famoso podenco ! Si alguna vez os deshacéis de él, conozco uno que os lo pagará á peso de oro.

El perro seguía la pista gruñendo.

Al cabo de veinte pasos se paró, husmeó y echó hacia la izquierda.

— Volvamos hacia este lado, dijo Salvador.

Mr. Jackal obedeció como un autómatas.

Al cabo de otros veinte pasos el perro volvió á la derecha.

— Echemos por la derecha, Mr. Jackal, dijo Salvador.

Y Mr. Jackal obedeció con la misma exactitud que anteriormente.

Á los diez pasos, el perro se paró de nuevo en medio de un grupo de árboles.

Salvador siguió al perro.

— ¡ Ah ! ¡ ah !... dijo : el que llevaba los huesos se ha parado aquí con intención sin duda de depositarlos en este sitio : hay más, ha dado algunos azadonazos, pero no pareciéndole el sitio muy seguro, ha continuado su camino : ¿ no es verdad, Rolando ?

Rolando aulló y volvió á tomar el camino de la verja.

Al llegar á ésta se paró, pero trató de pasar por ella.

— Es inútil el que busquemos más en el parque, dijo Salvador : el cadáver ha salido por aquí.

— ¡ Diablo ! dijo Mr. Jackal : la verja está cerrada y la cerradura parece sólida.

— ¡ Oh ! dijo Salvador ; ya encontraremos alguna barra de hierro para hacerla saltar. En último caso saltaríamos la tapia como la hemos saltado para entrar. Volveremos á seguir la pista, una vez fuera de aquí.

Y Salvador se adelantó hacia la tapia con intención de saltarla.

— No hay que apurarse, dijo Mr. Jackal deteniéndole : tengo aquí algo que es más pronto y más seguro.

Y sacando del bolsillo un manojó de ganzúas, probó una detrás de otra : á la tercera, la puerta se abrió como por magia.

Brasil pasó el primero, y como Salvador había previsto, encontró inmediatamente la pista.

Esta seguía á lo largo de la tapia y luego á través del campo en línea recta, como el camino más corto para llegar á la carretera.

Atravesando una tierra labrada, hasta descubrieron las huellas de los pies de la persona que la había atravesado.

— ¿ Veis ? dijo Salvador á Mr. Jackal.

— Sí ; pero por desgracia no están firmadas.

— ¡ Oh ! dijo Salvador, al final de la tapia encontraremos la firma.

Por desgracia las huellas terminaban en el camino real.

Camino real de setenta y cuatro pies, empedrado y enarenado.

Rolando, al llegar á él, alzó la cabeza y ladró.

— Aquí esperaba un carruaje, dijo Salvador, y el hombre ha montado en él llevándose el cadáver.

— ¿Y entonces? preguntó Mr. Jackal.

— ¡Oh! me queda que buscar el sitio en donde se ha apeado.

Mr. Jackal movió la cabeza

— ¡Ah! querido Mr. Salvador, me temo mucho que os estéis cansando en vano.

— Y yo, Mr. Jackal, dijo Salvador picado, estoy seguro de conseguir algo.

Mr. Jackal hizo con la boca un ruido que indicaba la duda.

— La pista perdida, añadió; Mad. Gerard ahogada con los dos niños muertos.

— No, dijo Salvador; los dos niños no han muerto.

— ¡Cómo! dijo Mr. Jackal fingiendo la más viva admiración: ¿conque los dos no han muerto? ¿No me habéis dicho que el niño fué ahogado?

— Sí; pero también os he enseñado el rastro de sangre que dejó la niña al huir.

— ¿Y bien?

— Que mientras Brasil ahogaba á esa buena Mad. Gerard, la niña huía, y se ha salvado.

— ¡Ah! exclamó Mr. Jackal; ¿conque vive?

— ¡Vive!

— Hé aquí lo que va á dar gran luz sobre este asunto, sobre todo si es que recuerda lo pasado.

— Lo recuerda.

— ¡Oh! será un recuerdo muy penoso para esa niña, dijo Mr. Jackal moviendo la cabeza.

— Sí, dijo Salvador; pero por más compasivo que seáis, querido Mr. Jackal; sea la que quiera la emoción que esto pueda causarla, como se trata de la vida de un hombre, la interrogaréis, ¿no es verdad?

— Sí, por cierto, es deber mío.

— ¡Oh! es cuanto deseaba saber por ahora. Empieza á amanecer: cuando queráis podéis volver á París: nada tenemos que hacer aquí ya, y no os detengo.

Y Salvador hizo un movimiento como para pasar el foso.

— ¿Adónde vais? le preguntó Mr. Jackal.

— Á buscar el carruaje que hemos dejado en el puente Godeau.

— ¡Bah! el carruaje vendrá á buscarnos.

Y sacó de su inmenso bolsillo un silbato, el cual acercó á sus labios produciendo tan agudo silbido que pudieran oírlo á media legua de distancia.

Lo repitió tres veces.

Cinco minutos después, se oyó el ruido de un carruaje que venía por el camino real.

Este carruaje era el de Mr. Jackal.

Ambos montaron en el carruaje.

Rolando, que parecía infatigable, echó á correr delante á guisa de correo.

Á las ocho de la mañana el carruaje atravesaba la barrera de Fontainebleau.

— Permitidme que os deje en vuestra casa, mi querido Mr. Salvador, puesto que es también camino para mí.

Salvador no tenía razón ninguna buena para rehusar esta atención de Mr. Jackal.

Accedió callando.

El coche se detuvo en la calle Macón, número 4.

— Vaya, dijo Mr. Jackal, otra vez seremos más felices, mi querido Salvador.

— Lo espero, contestó éste.

— Hasta la vista, dijo Mr. Jackal.

— Hasta la vista, replicó Salvador.

Apeóse éste del carruaje; cerróse la portezuela y el cupé marchó al gran trote.

— ¡ Oh ! demonio, dijo Salvador; sospecho que sabes mejor que yo dónde está el cadáver del niño.

Y al pronunciar estas palabras abrió la puerta y entró en su casa.

— No importa, añadió para sí; queda Rosa de Noel.

Y comenzó á subir la escalera que ya Rolando había traspuesto.

— ¿ Eres tú, Salvador? preguntó una voz desde lo alto.

— Yo soy, exclamó Salvador.

Y se arrojó en brazos de Fresolina.

Por un momento se olvidó del terrible descalabro de aquella noche con aquel dulce abrazo que le hacia olvidar todo.

Fresolina fué la primera que habló.

— Entra, Salvador, le dijo: desde las siete de la mañana hay ahí una vieja que te espera y que parece estar muy apurada, aun cuando no me ha querido decir la causa ni el por qué de su llanto.

— ¡ Una vieja ! exclamó Salvador; ¿ es la Brocante !

Y lanzándose en la habitación, exclamó:

— ¿ Y Rosa de Noel ?

— ¡ Ay ! respondió la Brocante; esta mañana, cuando he entrado en su cuarto, la ventana estaba abierta, y la pobre niña había desaparecido.

— ¡ Oh ! exclamó Salvador golpeándose la cabeza; debiera haberlo sospechado: desde el momento en que no parecía el cadáver del hermano, natural es que hicieran desaparecer también á la hermana.

CAPÍTULO VII.

¡ VIVA LA ANCHURA !

Explicemos ahora cómo faltaba el cadáver que habían ido á buscar inútilmente en el parque de Viry, Salvador y Mr. Jackal.

Se recordará que Salvador, al salir de casa de este último, había encontrado, aunque el rigor del tiempo no recomendaba todavía semejante precaución, un individuo sumergido en una inmensa hopalanda, cuyo cuello parecía destinado á servirle de máscara.

Este hombre, en quien Salvador apenas había reparado, subió la escalera detrás de él, y se hizo anunciar con el nombre bien conocido de Mr. Gerard.

Era Mr. Gerard en efecto.

Al ver la precipitación con que atravesó el patio y se entró por el corredor que guiaba al gabinete del jefe de policía secreta; al examinar el minucioso cuidado con que inclinaba al suelo la parte de su rostro que dejaba á descubierto la solución de continuidad que existía entre su sombrero y el cuello de su gabán, un observador cualquiera no hubiese dejado de volver la cabeza al reconocer con disgusto en aquel hombre un *bribón* en toda la extensión de la palabra.

Como hemos dicho, anunciaron á Mr. Gerard.

La puerta del gabinete se abrió, y el visitante se entró por ella.

— ¡ Ah ! ¡ ah ! dijo Mr. Jackal, es el honrado Mr. Gerard. Venid, venid, amigo mío.

— ¿ No incomodo ! preguntó Mr. Gerard.

— ¡ Qué incomodarme ! ¡ Nunca !

— Sois muy amable, caballero, dijo Mr. Gerard.

— Cabalmente iba á enviar á buscaros. ¡ Oh ! Mr. Gerard ; estoy seguro que no me habláis seriamente.

— Me ha parecido que estabais en pie.

— Si, ciertamente : acabo de despedir á un amigo vuestro.

— ¡ Un amigo mío !... ¿ quién ?

— Mr. Salvador.

— No lo conozco, dijo Mr. Gerard admirado.

— Sí ; pero me temo que él os conocia ya.

— Y yo he creído que ibais á salir.

— Ó acaso esperabais esquivar por ese medio mi conversación. ¡ Ingrato !

— ¡ Mr. Jackal !

— Vamos, dejad vuestro sombrero... parece asi como que estáis siempre deseando echar á correr... ¡ Eso es !... Ahora sentémonos.

— ¿ Dónde diablos encontrariais, Mr. Jackal, un compañero más alegre ni más amable que yo ? Sin contar con que mientras vos veláis por el rey, yo velo por vos.

— Iba á salir en efecto... pero ya me quedo. ¡ Salir !... ¡ Oh ! sacrificaría todos mis negocios al placer de charlar con vos un momento. Y bien, ¿ qué hay de nuevo, Mr. Gerard ?

— Poca cosa.

— ¡ Malo !

Mr. Gerard movió la cabeza á la manera de un hombre que dice : « La conspiración no marcha. »

— ¿ Conque nada ? preguntó Mr. Jackal.

— Ayer han debido traeros un hombre á quien hice prender en el café Foy.

— ¿ Qué hacia allí ?

— Una propáganda napoleónica desmesurada.

— Contadme, contadme eso, Mr. Gerard.

— Figuraos...

— Primero su nombre.

— Lo ignoro : ya comprenderéis que hubiera sido una imprudencia no pequeña el ir á preguntárselo.

— ¿ Sus señas ?

— Era un hombre alto, fuerte, vigoroso, vestido con una gran levita abotonada hasta el cuello, con una cinta encarnada en un ojal.

— Algún oficial retirado.

— Eso es cabalmente lo que á mi me pareció, sobre todo al verle con un sombrero de anchas alas calado hasta las cejas, y echado resueltamente á un lado.

— Bien, bien ; perfectamente para un principiante, murmuró Mr. Jackal. Ya veréis cómo hacemos algo bueno de vos. Continúa.

— Entró en el café, y pareciéndome sospechoso por su traza, le seguí.

— Bien, Mr. Gerard, muy bien.

— Sentóse en una mesa, y pidió en alta voz café y un frasco de aguardiente, diciendo : « ¡ Yo no puedo tomar el café sin gloria ! ¡ á mi me gusta la gloria ! » Y miró á su alrededor como esperando que alguien le contestara.

— ¿ Y nadie habló ?

— Nadie. Entonces pensando que acaso no había dicho bastante, continuó : « ¡ Viva la gloria ! »

— ¡ Diablo ! ¡ diablo ! dijo Mr. Jackal : eso es regular-

mente codicioso; es casi lo mismo que decir... Viva...

— Cabalmente, parece lo mismo, y como bajo el gobierno paternal que nos rige no hay motivo para gritar: « ¡ Viva la gloria !... » aquel hombre me pareció ser efectivamente sospechoso.

— ¡ Bien ! ¡ perfectamente !

— Me instalé en la mesa que estaba enfrente de la suya, resuelto á tener abiertos ojos y oídos cuanto me fuera posible.

— ¡ Bravo ! Mr. Gerard.

— Pedió un periódico...

— ¿Cuál ?

— No sé...

— Recordad...

— No tengo presente...

— Eso es una falta, Mr. Gerard.

— Creo que era el *Constitucional*.

— ¿ Era el *Constitucional* ?

— Sí...

— ¿ Lo creéis como lo decís ?

— Estoy casi seguro.

— ¡ Ah ! pues yo lo estoy.

— Si vos lo estáis... Mr. Jackal.

— ¡ Pidió el *Constitucional* !... Continúa.

— Pidió un periódico; pero conocí que esto era por pura fórmula: porque fuera casualidad, fuera desdén, el caso es que tuvo el periódico siempre del revés, hasta el momento en que entró en el café un amigo suyo.

— ¿ Por qué conocisteis que era un amigo suyo, Mr. Gerard ?

— En que estaba vestido exactamente como él de pies á cabeza, sólo que estaba infinitamente más raído.

— Vuelta del campo del Asilo. Continúa, Mr. Gerard; era un amigo; no dudo ya de ello.

— « Buenos días, le dijo el primero con rudo acento.

— « Buenos días, contestó el segundo en el mismo tono; ¿ has heredado !

— ¿ Yo ?

— « Sí, tú.

— « ¿ Por qué ?

— « ¡ Pardiez ! ¡ estás tan relumbrante !

— « Es mi esposa quien me ha equipado así el día de mi santo.

— « Creí que habían ya dado la paga.

— « No, y preciso será, me parece, que nos continúe dando á cuenta nuestro corresponsal de Viena. »

— El duque de Reichstad, dijo Mr. Jackal.

— Cabalmente pensé lo mismo.

— « Ya sabes, continuó el primer militar, que el susodicho corresponsal de Viena ha estado á punto de venir á Paris.

— « Pero sé que no ha conseguido venir.

— « Lo que está diferido no está perdido. »

— ¡ Hum ! ¡ Mr. Gerard ! ¿ qué decís ? Lo que acabo de oír es grave, bastante grave, y aun cuando no hubieran dicho más...

— Hay más, Mr. Jackal.

— Proseguid, proseguid, Mr. Gerard.

Y en prueba de satisfacción, Mr. Jackal sacó su tabaquera y se atestó la nariz de polvo.

Mr. Gerard continuó:

— El primero que había llegado continuó:

— « Es una magnífica levita. »

— Y pasaba la mano por el paño.

— « Ya lo creo, respondió orgullosamente el segundo.
 — » Con un pelo magnífico.
 — » Paño de Elbeuf, nada más.
 — » Un poco larga.
 — » ¿Cómo un poco larga?...
 — » Digo que tu levita me parece un poco larga para un soldado. »

— Eso prueba, dijo Mr. Jackal, que era un militar y que no os habíais engañado al figurároslo así, Mr. Gerard.

— « ¿Por qué ha de ser larga? respondió el oficial: los trajes nunca son largos, ni anchos ni grandes... me gusta todo lo que es grande... estoy por las grandes cosas... ¡ Viva el emperador!... »

— ¡ Viva el emperador!... ¿ dijo eso á propósito de una levita?

— Lo que no hay relación entre ambas cosas, replicó Mr. Gerard como cortado, pero yo oí: « ¡ Viva el emperador! »

Mr. Jackal tomó un nuevo polvo.

— Supongamos que gritó « ¡ Viva el emperador! »

— Sí, supongamos eso, dijo Mr. Gerard á quien embrazaba el giro que iba tomando la discusión. Ya comprendéis que al oír lanzar este grito sedicioso que llamó la atención de varias personas, me sali del café.

— Lo comprendo.

— En la puerta encontré á dos agentes: les señalé mi hombre y me alejé en cuanto vi que le habian echado el guante.

— ¡ Bravo! Mr. Gerard; pero lo admirable es que yo no he visto á ese hombre, ni se me ha dado cuenta de ese suceso.

— Os oseguro, sin embargo, que el hombre fué preso.

Mr. Jackal llamó.

Apareció el portero.

— Que llamen á Gibassier, dijo Mr. Jackal.

Pasaron cinco minutos, durante los cuales Mr. Jackal revolvió los cajones de su mesa de despacho.

— No encuentro nada, absolutamente nada, dijo.

El portero entró.

— ¿ Y bien? preguntó Mr. Jackal.

— Mr. Gibassier está esperando

— Que entre.

— Dice que no estáis solo.

— En verdad. Mr. Gibassier está exactamente en la misma posición que vos, Mr. Gerard. Es un hombre modesto y que no le gusta ser conocido. Si se le creyera seria lo mismo que la violeta, no se revelaria más que por el perfume. Pasad á este cuarto, Mr. Gerard.

Mr. Gerard, que en efecto deseaba no ser visto como Gibassier, se deslizó rápidamente en la habitación que le indicaban, cerrando la puerta en cuanto entró en ella.

— Entra, Gibassier, dijo Mr. Jackal; estoy solo.

Gibassier entró sonriendo como siempre.

— ¿ Qué es esto, Gibassier, dijo Mr. Jackal, hay capturas importantes y no se me da cuenta de ellas?

Gibassier alargó el cuello y abrió los ojos como un hombre que quiere decir: « Explicaos. »

— Ayer, continuó Mr. Jackal, se ha prendido á un hombre que ha gritado: « Viva el emperador. »

— ¿ Dónde, Mr. Jackal?

— En el café Foy.

— ¡ En el café Foy! No fué « ¡ Viva el emperador! » lo que ese hombre gritó.

— ¿ Qué dijo, pues?

— Gritó : « ¡ Viva la anchura (1) !

— Os engañáis, Sr. Gibassier.

— Permitidme que asegure una cosa de la que estoy plenamente convencido.

— ¿ Y cómo podéis estarlo ?

— Porque conozco al que dió el grito de que se trata.

— ¡ Ah ! ¿ y quién era ese perillán ?

— Yo mismo, Mr. Jackal.

Mr. Jackal levantó sus anteojos y miró á Gibassier con una de las silenciosas sonrisas que le eran habituales.

— Hé aqui lo que es el tener una doble policía. Cuidado con que se repita semejante mistificación.

Y dirigiéndose á la puerta del cuarto en que se habia escondido Mr. Gerard :

— ¡ Eh ! ¡ Mr. Gerard ! exclamó ; ya podéis salir.

— ¿ Estáis solo ? preguntó Mr. Gerard á través de la puerta.

— Solo ó poco menos, replicó Mr. Jackal.

Mr. Gerard entró con su timidez habitual.

Al ver á Gibassier dió un paso atrás.

— ¡ Oh !... dijo. Ese hombre...

— ¿ El señor ?

— Sí.

→ ¿ Lo reconocéis ?

— Ya lo creo.

— ¿ Quién es ?

Inclinándose al oído de Mr. Jackal, le dijo :

— Es el oficial del café Foy.

(1) Esta frase es un juego de palabras intraducibles y que sólo está fundado en el sonido igual de la terminación de ambas en francés, que es como sigue : *Vive l'empereur !* ¡ Viva el emperador ! *Vive l'ampleur !* ¡ Viva la anchura ! (N. del T.)

Mr. Jackal cogió á Mr. Gerard por la mano.

— Mi querido Mr. Gerard, dijo : os presento á Mr. Gibassier, mi teniente de brigada.

Luego dirigiéndose á Mr. Gibassier, añadió :

— Mi querido Gibassier, os presento á Mr. Gerard, uno de nuestros agentes más adictos y de más confianza.

— ¡ Mr. Gerard !... dijo Gibassier.

— Sí, el honrado Mr. Gerard de Vanves ; el que ya sabéis.

Gibassier se inclinó con cierto aire de respeto, y salió saludando.

— ¡ Cómo ! ¿ el que vos sabéis ? preguntó Mr. Gerard palideciendo : según eso, Mr. Gibassier sabe...

— Todo, mi querido Mr. Gerard.

El asesino se puso livido.

— Pero no os inquietéis por eso : Gibassier es otro yo.

— ¡ Oh ! ¡ señor ! balbuceó el espía : ¿ por qué me habéis presentado á ese hombre ?

— Primero, porque es natural y conveniente que se conozcan los soldados que militan en un mismo cuerpo.

Y añadió después con ese acento que penetró hasta el fondo del corazón de Mr. Gerard :

— Y segundo, ¿ no será muy importante que os conozca para el caso en que cualquiera agente torpe os prendiese como vos le habéis prendido á él ?

Á la idea de que podía ser preso, Mr. Gerard cayó desplomado en el sillón Voltaire de Mr. Jackal.

Pero éste no era susceptible ni picajoso : dejó á Mr. Gerard en su trono y se sentó frente por frente de él en una simple silla.

CAPÍTULO VIII.

UN BUEN CONSEJO.

Mr. Jackal concedió algunos segundos á Mr. Gerard para que se repusiese.

Mr. Gerard después de un corto rato, alzó lentamente los ojos hasta él.

Mr. Jackal se encogió de hombros.

— Qué queréis, le dijo con toda la apariencia de una perfecta hombría de bien: por esta vez falló también el negocio.

— ¿ Qué negocio ? preguntó Mr. Gerard.

— ¡ Diablo ! el de la cruz de la Legión de honor.

Preciso es confesar que el pobre Mr. Gerard no pensaba en ella.

— Vamos, dijo Mr. Jackal, ¿ nada más de nuevo así, nada más importante tenéis que decirme ?

— Confieso que nada tengo que deciros.

— ¡ Diantre ! ¡ diantre ! ¡ diantre ! Entonces seré yo quien se verá en la precisión de deciros algo que os interese.

Y Mr. Jackal volviendo á levantar sus anteojos, fijó su vista de lince en su interlocutor que se sintió palidecer á pesar suyo entre aquella mirada fascinadora.

Mr. Gerard era sagrado por orden superior ; pero el polizonte no había abdicado su derecho de torturarle moralmente : nada podía sobre el alma serena y estoica de Mr. Sarranti, preso en el calabozo de los sentenciados y

esperando la muerte de un momento á otro ; pero respecto á Mr. Gerard, libre y considerado, lo podía todo.

Esto lo comprendía perfectamente Mr. Gerard : y hé aquí por qué palidecía bajo la mirada de Mr. Jackal.

Cada vez que salía del palacio de la calle de Jerusalén, salía como el paciente del tormento.

La diferencia que en esto había no era más que la que podría establecerse entre el tormento ordinario y el extraordinario.

En el día en que estamos, Mr. Jackal le había preparado el tormento extraordinario.

Al palidecer Mr. Gerard, prestaba atento oído á todo cuanto podía interesarle.

Pero el gato tenía el ratón entre sus garras, y se entretenía jugando con él.

Mr. Jackal sacó tercera vez su tabaquera, metió en ella sus dos dedos y tomó como de costumbre un enorme polvo, que aspiró voluptuosamente.

Mr. Gerard no se atrevía á meter prisa al polizonte para que se explicara, y escuchaba con una resignación que no estaba desprovista de cierta impaciencia.

— Ya sabéis, mi querido Mr. Gerard, dijo por fin Mr. Jackal, que dentro de ocho dias expira el plazo concedido por S. M. Carlos X á Mr. Sarranti.

— Lo sé, murmuró Mr. Gerard dirigiendo á Mr. Jackal una mirada llena de inquietud y de recelo.

— Sabéis igualmente que el fraile dominico puede estar en Paris de vuelta mañana, pasado mañana, hoy mismo acaso...

— También lo sé, respondió éste temblando.

— Me alegro que no lo hayáis olvidado.

M. Gerard se inclinó como para ocultar su turbación

— ¡ Oh ! pero si tembláis así á la primera palabra que os dirijo, Mr. Gerard, os desmayaréis indudablemente en cuanto sepáis de lo que se trata ; y una vez desmayado no oiréis lo que tengo que deciros, y que será probablemente lo más interesante.

— Qué queréis, dijo Mr. Gerard, no puedo resistir ciertas cosas.

— Vamos á ver ; ¿ qué podéis temer por parte del dominico, cuando os he dicho que el Papa le negaría su petición ?

Mr. Gerard respiró.

— ¿ Lo creéis así ?

— Conocemos á S. S. Gregorio XVI ; es un hombre de hierro.

Mr. Gerard respiraba cada vez con más libertad.

Mr. Jackal le dió tiempo suficiente para que sus pulmones funcionaran con regularidad.

— No, continuó ; no es por ese lado por donde tenéis que temer.

— ¡ Ah ! ; Dios mío ! dijo Mr. Gerard, conque según eso tengo algo que temer.

— Mi querido Mr. Gerard, sois tan poco filósofo que no sabéis que el hombre, criatura débil, no lucha incesantemente con todo lo que le rodea ; no tendría un momento de reposo si viera los peligros inminentes y continuos á través de los cuales pasa y á los que sólo escapa por milagro.

— ¡ Ay ! es una gran verdad cuanto decís, Mr. Jackal.

— Pues que convenís en esto, dijo Mr. Jackal, deseo haceros una pregunta.

— Podéis hacerme cuantas gustéis.

— Los poetas, Mr. Gerard... son mala gente. ¿ no es verdad ?

— Apenas la conozco : creo no poder echarme en cara el haber leído durante mi vida cuatro versos.

— Pues bien ; los poetas, Mr. Gerard, pretenden que los muertos salen algunas veces de sus sepulcros. ¿ Creéis vos esto ?

Mr. Gerard murmuró algunas cinco ó seis palabras ininteligibles y empezó á temblar de nuevo.

— Yo no lo había creído hasta ahora, continuó Mr. Jackal ; pero un hecho reciente que ha llegado á mi noticia, me ha edificado de tal modo sobre esta materia, que me creo en disposición de sostener una tesis sobre ella ; verdad es que no salen los muertos de sus sepulcros por sí mismos ; pero es verdad que se les puede hacer salir.

Mr. Gerard continuó temblando.

— Hé aquí la anécdota : vos la apreciaréis en lo que valga. Un hombre de vuestro temperamento, de vuestro carácter, de vuestros instintos ; en fin, un filántropo, en un mal momento... (nadie es perfecto, Mr. Gerard, y nadie mejor que yo está convencido de esta verdad), ha ahogado á un sobrino suyo ; y no sabiendo qué hacer del cadáver (nunca sabe uno qué hacer de los cadáveres, y mucho menos lo saben los que los hacen) ; y no sabiendo qué hacer del cadáver, lo enterró en una espesura de árboles de un parque.

M. Gerard lanzó un gemido y bajó la cabeza.

— Creíalo allí bien guardado : lo estaba en efecto, pero la tierra no es siempre tan discreta como se la supone. Hé aquí que esta mañana, cabalmente ese hombre vino á buscarme, y poco más ó menos me ha dicho estas palabras :

— « Mr. Jackal, dentro de ocho días van á matar á un inocente. »

— Ya comprenderéis, Mr. Gerard, que he respondido que no ha habido tal inocencia, cuando la justicia había pronunciado la palabra culpable; pero me ha impuesto silencio, diciendo:

— « El que van á ejecutar es inocente: el verdadero culpable lo conozco yo. »

Mr. Gerard ocultó la cabeza entre sus manos.

— Volvi á negar segunda vez, y ese hombre me volvió á preguntar de nuevo, diciéndome:

— « ¿ Podéis disponer de una noche ?

— » Ciertamente que sí, le he respondido.

— » ¿ De la noche próxima ?

— » No: la noche próxima la tengo ocupada.

— » Bien: ¿ y de la otra ?

— » ¿ De la otra ?

— » Sí.

— » ¿ Para alguna excursión ? me atrevi á preguntar.

— » Justamente. »

— Ya comprenderéis que lo [que yo deseaba saber era á dónde se me quería llevar.

— « ¿ Dentro de París ó fuera de París ? volvi á preguntar.

— » Fuera de París.

— » Corriente. »

— Y hemos convenido en que esta noche no, pero en la de mañana me daría la prueba de que no era el culpable á quien iban á ejecutar, sino, por el contrario, un hombre que está en libertad.

— Según eso, dijo Mr. Gerard, ¿ habéis aceptado el ir á esa excursión ?

— ¿ Podía yo hacer otra cosa ? Respondedme vos que sois hombre recto y de juicio. Ya sabéis cuál es mi misión.

Prudhon ha hecho de ella un cuadro: *la justicia persiguiendo el crimen*: ya sabéis también cuál es mi divisa, la del filósofo de Ginebra: *vitam impendere vero*. Estaba obligado á decir: Iré.

— ¿ É iréis ?

— Pardiez: será preciso: he sido requerido para ello; pero ya os he dicho que no iré la noche próxima sino la otra... la otra noche, ¿ entendéis ?

— Sí, respondió Mr. Gerard, que oía en efecto, pero que no comprendía, y cuyos dientes chocaban unos contra otros como si tuviese el frío de una terciana.

— Bien sabía yo, exclamó Mr. Jackal, que os interesaría mi historia.

— Pero en fin, ¿ cuál ha sido el final de lo que me decís, el resultado de la confianza que me acabáis de referir ? dijo Mr. Gerard haciendo un esfuerzo supremo.

— ¿Cuál es ? pues qué ¿ no lo conocéis ? Me he dicho: Mr. Gerard es un filántropo: cuando sepa que un pobre diablo corre un peligro semejante al que acabo de pintarle, va á ponerse en el lugar de ese desgraciado matador, de ese asesino infortunado; va á sentir todos los tormentos que experimentaría el mismo culpable. No me he engañado, á lo que parece; ¿ no es verdad, Mr. Gerard ?

— ¡ Oh ! ¡ no, no ! exclamó éste.

— Pues bien; este primer resultado me obliga á continuar. Mañana por la noche marchó con este otro filántropo... que no se os parece en verdad, Mr. Gerard, porque bien se puede decir que hay filántropos y filántropos... Marchó con él: ignoro hacia qué lado ni sitio enderezaremos nuestros pasos, porque nada me ha dicho, pero con una perspicacia que debo á mi larga experiencia adivino que se dirigirá hacia el lado de la Cour-de-France

¡De la Cour-de-France!

— *Eccolo...* Llegados allá echamos á la derecha ó á la izquierda, á la derecha probablemente... entramos ¿ cómo? no lo sé; pero en fin, entramos... probablemente en un parque. Allí hacemos constar la existencia de un esqueleto enterrado en un agujero; formamos el proceso verbal, y volvemos á Paris á traer al procurador del rey el fruto de nuestros penosos trabajos; y éste, en vista de los nuevos datos, se ve obligado á pedir al ministro de Justicia el sobreseimiento de la causa de Mr. Sarranti, ó mejor dicho la suspensión de la sentencia.

— ¡ De Mr. Sarranti! exclamó Mr. Gerard.

— ¿ He dicho de Mr. Sarranti? Sè me ha escapado el nombre... no sé por qué, pero tengo siempre en la boca ese diablo de nombre. Se suspende, pues, la ejecución, se manda la prisión del nuevo culpable, y empieza una nueva sumaria... Comprendéis esto, ¿ no es verdad?

— Perfectamente, respondió Mr. Gerard, ante cuyos ojos aparecía, como á través de una negra nube, la armazón de la guillotina.

— Hé aquí una situación espantosa para ese pobre asesino, para ese desgraciado malhechor, dijo Mr. Jackal, porque ya veis el buen hombre se pasea al sol, con las manos metidas en los bolsillos, libre como el aire: de pronto ve venir á los miserables gendarmes, que lo arrancan del sol para ponerlo á la sombra; que le sacan las manos de los bolsillos para encadenárselas; va á ver destruida su inocente tranquilidad, perdida su serenidad acostumbrada, y esto por no sé qué brutal formalidad, por un detalle minucioso é impertinente; entonces acaso se arrepienta de no haber aprovechado la senda de salvación que le había ofrecido.

— ¿ Pero hay más? exclamó Mr. Gerard.

— En verdad, Mr. Gerard, dijo el polizonte, que es menester que tengáis muy dura la mollera, el entendimiento muy obtuso y la memoria muy flaca para no haberlo comprendido hasta ahora.

— Y sin embargo, estoy escuchando con cuanta atención puedo.

— Hé ahí una cosa que prueba que el resultado no está siempre en razón de la capacidad. ¿ No os he dicho que habia rehusado el ir esta noche á esa expedición?

— Sí.

— ¿ Que lo habia dejado para la noche próxima?

— También.

— ¡ Y entonces?

— Entonces...

— ¿ No comprendéis?

Mr. Jackal se quedó con la boca abierta esperando...

— En verdad, dijo Mr. Jackal encogiéndose de hombros ante semejante estupidez, que siendo como es esto el A B C del arte, menester es ser tan honrado como vos lo sois para no haber ya comprendido.

Mr. Gerard hizo con la cabeza y las manos algunos movimientos desesperados, que unidos á los gruñidos sordos que salían de su garganta queria decir:

— ¡ Continúa!

— Bien sé que esto no tiene relación ninguna con vos, continuó Mr. Jackal, que ningún interés tenéis en ocultar al asesino de otro. Pero en fin, suponed por un momento (aunque esto sea imposible de suponer), que el crimen en vez de ser cometido por otro, fué cometido por vos: que en vez de ser enterrado por otro el cadáver fué enterrado por vos. Suponed que el teatro del drama fuese una pro-

piedad vuestra... el castillo de Viry, por ejemplo; suponed que conocéis el grupo de árboles á cuya sombra misteriosa fué conñado el cadáver; suponed que sabéis que en la noche de mañana ó de pasado mañana va á haber un registro en el castillo de Viry y una exploración en el parque, ambas cosas hechas por la justicia; vamos á ver: ¿ en qué emplearíais la noche que os proporcionara un amigo, la de hoy y mañana, por ejemplo?

— ¿ Lo que tendría que hacer?

— Sí.

— Para que no encontrasen...

— El cadáver... sí.

— Tendría que...

Mr. Gerard enjugó el sudor que en gruesas gotas caía de su frente.

— Vamos, acabad... os quedaría ..

— Tendría que .. sa...

— Eso es... sa...

— Sacarlo de allí y hacerlo desaparecer.

— Gracias al diablo. ¿ Sabéis, Mr. Gerard, que tenéis la imaginación más perezosa que he visto? Debéis activarla con el aire del campo y con la brisa de la noche. Os doy licencia para hoy y para mañana. Va á hacer un día magnífico; es una fortuna para un amante de la naturaleza. Id, pues, al campo, id, y quién sabe si en los bosques de Meudón ó de Vanves, los bosques son el refugio de los pecadores, quién sabe si encontraréis á ese pobre diablo de asesino á quien vuestra proverbial caridad podrá preservar del peligro que corre.

— Os comprendo, exclamó Mr. Gerard besando la mano del polizonte. ¡ Gracias!

— ¡ Bah! dijo Mr. Jackal rechazando desdeñosamente

al asesino, ¿ creéis que hago lo que hago por salvar vuestro miserable pellejo? Idos, idos, ya estáis prevenido; lo demás os concierne á vos solo.

Mr. Gerard se lanzó fuera del gabinete.

— ¡ Puaf! hizo al mirar la puerta que se cerraba detrás de Mr. Gerard.

CAPÍTULO IX.

UN COCHERO QUE TOMA SUS PRECAUCIONES.

Mr. Gerard salió precipitadamente del palacio de la calle de Jerusalén.

Llegado que hubo al malecón, se metió en un carruaje y gritó al cochero:

— Por horas y á diez francos por hora si en cada una andas dos leguas.

— Convenido. ¿ Adónde vamos, caballero?

— Á Vanves.

Al cabo de una hora estaban en el punto designado.

Mr. Gerard reflexionó un momento: tenía en su casa caballos y carruaje; pero temía alguna indiscreción por parte de su cochero. Pensó que para el caso era mejor un extraño, un hombre al que nunca más volvería á ver, una vez arreglada la cuenta y pagado que fuese su trabajo.

Resolvió, pues, quedarse con su amigo.

Solamente que conservándole al mismo precio temía despertar algunas sospechas. El deseo de llegar lo más pronto posible le había hecho acaso cometer una imprudencia; era menester, pues, no cometer la segunda.

— Gracias, le dijo. Me han faltado algunos minutos para ver á la persona á quien venía buscando. Se ha marchado á Viry-sur-Orge.

Tanto peor, mi amo, tanto peor.

— Quisiera, sin embargo, verla hoy mismo, murmuró Mr. Gerard como si hablase para sí.

— Os puedo llevar á Viry-sur-Orge, mi amo : siete leguas se andan pronto.

— Sí ; pero ya sabéis que en la diligencia me llevarán por tres francos.

— Y yo no os llevaré jamás por ese precio : en la diligencia tendréis que ir metido entre toda clase de personas, en tanto que en mi fiacre iréis solo.

— Es verdad, dijo Mr. Gerard que más que nada lo que quería era el estar solo, y merece tenerse en cuenta lo que me decís.

— Pues bien, veremos, mi amo, cuánto daréis al pobre Bernabé por llevaros á Viry.

— Será menester que me traigas también.

— Os traeré también.

— Y esperarme.

— Se os esperará.

— Y bien... vamos...

— ¿ Queréis saber cuánto ?

— Si tal... pero sed razonable.

— ¡ Oh ! en cuanto á eso descuidad.

— Ya lo veremos.

— Me parece que no se os figurará mucho...

— ¡ Cuánto ?

— Treinta francos...

— ¿ Por el viaje ?

— Por ida y vuelta.

— Y por esperar.

— Las horas de espera las pondremos á dos francos.

— Un poco caro se me hace.

— Creo que no tenéis nada que decir.

Efectivamente nada tenía que decir á estas proposiciones.

Para hacer algo, regateó sobre dos francos, y el trato fué concluído en veintiocho francos por ida y vuelta y dos francos por las horas de espera.

Arreglados ya, Mr. Gerard subió á su casa, cogió la llave del castillo de Viry, y dejandó descansar un poco á los caballos de Bernabé, volvió á subir al carruaje.

— ¿ Por Formenteau ? preguntó el cochero.

— Por Formenteau ó por donde queráis, le contestó Mr. Gerard, á quien le importaba muy poco el camino con tal de llegar.

El fiacre partió al trote.

Bernabé era honrado y le gustaba ganar legalmente su dinero.

Así que, cuando Mr. Gerard llegó á Viry, era todavía muy de día, y á aquella hora no podía ni siquiera pensar en dedicarse á la triste exhumación que le llevaba al castillo.

Mr. Gerard, más sepultado que nunca en su sombrero, se apeó del carruaje, y dejando al cochero en la posada le mandó descansar hasta las once.

Á las once en punto debía estar en la puerta del castillo.

Mr. Gerard abrió la puerta de éste y la cerró tras sí, después de haber escapado á las miradas curiosas de una docena de chiquillos y mujeres á quienes había atraído el ruido del fiacre.

Fácil es comprender la emoción del filántropo al volver

á poner el pie en la morada de su hermano, donde había asesinado á uno de los hijos de éste.

Así que, no trataremos de explicar la opresión de corazón que se apoderó de él al atravesar el pórtico y al dar el primer paso en aquella casa fatal.

Al pasar junto el estanque había vuelto la cabeza.

Después de haber cerrado la puerta del vestibulo detrás de él, se vió obligado á apoyarse en la pared : faltábanle las fuerzas.

Subió á su cuarto.

Las ventanas de esta habitación nuestros lectores recordarán que daban hacia el estanque.

Desde estas ventanas era desde donde había visto á Brasil meterse en el agua y sacar de ella el cadáver del pequeño Victor.

Quiso correr las cortinas para no ver el estanque.

Pero las cortinas una vez corridas dejarían el cuarto completamente á oscuras.

No se atrevió á permanecer en el cuarto á oscuras.

Había en los dos candeleros que adornaban la chimenea dos medias bujías.

Mr. Gerard había tenido cuidado de llevar una caja de fósforos.

Encendió las bujías.

Ya un poco más tranquilo esperó la noche.

Hacia las nueve, estando ya todo sumido en la sombra, pensó que era tiempo de poner manos á la obra.

En el cuarto donde estaban los aperos de la labranza y las herramientas para cuidar el jardín, debía haber una azada.

Mr. Gerard bajó y se halló frente al estanque, que brillaba en la obscuridad como un espejo de acero ; después se

deslizó hacia la habitación de que hemos hablado y se puso á buscar el instrumento que le hacía falta.

El cuarto de las herramientas estaba cerrado con llave y ésta no estaba puesta en la puerta.

Afortunadamente tenía una ventana.

Mr. Gerard se acercó á la ventana con intención de romper uno de los vidrios, abrir la falleba y penetrar en el cuarto por la ventana.

En el momento de romper el vidrio, se detuvo asustado del ruido que iba éste á hacer al romperse...

El desgraciado se asustaba de todo.

Permaneció, pues, dudando y con la mano puesta sobre el corazón.

Su corazón latía como si quisiera salirse del pecho.

Así permaneció un cuarto de hora.

En fin, se acordó que llevaba en el dedo meñique una sortija con un diamante.

La piedra preciosa se deslizó sobre el vidrio trazando en él un cuadrado, y Mr. Gerard no tuvo que hacer más que empujarlo para que se cayese.

Aguardó todavía un momento, empujó el vidrio y el brazo entró al mismo tiempo por la abertura.

La falleba giró sobre sí misma, y la ventana se entreabrió.

Mr. Gerard miró á su alrededor para asegurarse de que nadie le observaba, y saltó sirviéndole de apoyo el alféizar de la ventana.

Una vez en la habitación, anduvo y buscó á tientas la herramienta que necesitaba.

Cayó y tropezó con dos ó tres mangos de herramientas antes de dar con el de la azada.

Por fin la halló.

La cogió y volvió á salir del cuarto como había entrado. Daban las diez.

Reflexionó entonces que sería más corto el camino saliendo por la verja del parque que daba al puente Godeau, que no dando la vuelta por aquel maldito estanque que le fascinaba y que ciertamente le fascinaría mucho más después de la terrible operación que iba á ejecutar.

Al mismo tiempo tomó otra resolución.

Era la de prevenir al cochero que le fuera á esperar á la puerta de la verja del parque que daba al campo, en vez de venir á esperarle como le había mandado á la puerta de entrada que daba á la aldea.

Mr. Gerard abrió esta última puerta, dejó la azada en un rincón y se deslizó á lo largo de las casas á fin de llegar más pronto á la posada.

En el camino cambió otra vez de parecer.

Un coche parado en la puerta del parque podía ser notado, sabiendo todo el mundo que la casa estaba deshabitada.

Era más prudente que el cochero esperase en la carretera de Fontainebleau á cien pasos de la Cour-de-France.

Llegado que hubo á la posada, Mr. Gerard miró á través de los cristales.

Vió un hombre que bebía de una botella y que jugaba á las cartas con los mozos.

Diéronle ganas á Mr. Gerard de no presentarse en la posada donde podía ser conocido, aunque estaba horriblemente cambiado desde que había salido de Viry.

Sin embargo, como Bernabé no podía adivinar que estaba detrás de la vidriera, y que deseaba hablarle, preciso fué que abriera la puerta y que le hiciera señas de que saliese.

Un cuarto de hora transcurrió antes de que Mr. Gerard hubiera tomado esta resolución.

Esperaba que saliera alguien y se encargara de decir á Bernabé que un viajero necesitaba hablarle.

Nadie salió.

— Mr. Gerard se vió obligado á entrar.

Cuando decimos entrar, cometemos un error. Mr. Gerard no entró, Mr. Gerard entreabrió la puerta, y con temblona voz llamó:

— ¡Bernabé!

Pero Bernabé estaba completamente entregado al juego.

Mr. Gerard se vió obligado á repetir tres veces el nombre del cochero.

Por fin Bernabé alzó la nariz.

— ¡Ah! dijo; ¿sois vos, caballero?

— Sí, yo soy, dijo Mr. Gerard.

— ¿Queréis que marchemos?

— Todavía no.

— Corriente: á las bestias les viene perfectamente, porque las pobres están muy cansadas.

— No, no es eso.

— ¿Pues qué es entonces?

— Tengo que deciros dos palabras.

— ¿Ahora mismo?

— ¿Por qué no?

— Corriente.

Y levantándose, vino á la puerta haciendo unas cuantas evoluciones, efecto del vino que había bebido.

— Todos los bebedores volvieron la cabeza para ver á Mr. Gerard; pero éste se ocultó en la sombra.

— Aquí estoy, mi amo, dijo Bernabé.

Mr. Gerard le explicó el cambio del programa, y cómo

era preciso que le fuera á esperar en el camino real en vez de ir á la puerta del parque.

La exposición de Mr. Gerard fué interrumpida por varios.

— ¡ Hum ! ¡ hum !...

Mr. Gerard comprendió que en las variaciones introducidas en el primer plan había algo que contrariaba á Bernabé.

En fin, luego que hubo expuesto sus deseos, dijo Bernabé:

— ¿ Y si en el camino real no nos encontramos ?

— ¿ Cómo queréis que no nos encontremos ?

— Pasando junto á mí sin verme, por ejemplo.

— No hay peligro : tengo buenos ojos.

— Es que hay gentes cuya vista se debilita cuando tienen un carruaje ajustado hace catorce horas, y deben al cochero cincuenta francos. Yo he conocido algunos (no lo digo por vos que á Dios gracias me parecéis un hombre honrado á carta cabal) ; pero en fin, he conocido algunos que después de ocuparme todo el día, me hacían que los llevara á eso de las cinco de la tarde al pasaje Dauphine, ó al Vero-Dodat y que me decían : « Cochero, esperadme aquí »

— ¿ Y bien ? preguntó Mr. Gerard.

— ¿ Y bien ?

— Sí, ¿ qué ?

— Que no volvían...

— ¡ Oh ! dijo Mr. Gerard, yo soy incapaz.

— Lo creo, lo creo... pero... ya veis...

— Vaya, si solo es eso...

Y sacando dos luises del bolsillo los entregó á Bernabé. Éste aprovechó un rayo de luz que se escapaba por la

puerta para examinarlos y asegurarse de que eran buenos.

— Se os esperará, mi amo, en la Cour-de-France, desde las once, como hemos convenido. Cuando está pagado por adelantado no hay ya nada que decir.

— Yo tengo que decir algo.

— ¿ Qué ?...

— Si... si...

Mr. Gerard no se atrevía á concluir.

— ¿ Sí... qué ?...

— Si no fuerais á buscarme.

— ¿ Dónde ?

— Al camino real.

— ¿ Por qué ?

— Porque os he pagado adelantado.

— ¡ Ah ! desconfiáis de mí ?

— Vos también habéis desconfiado de mí.

— Vos no tenéis número : yo tengo uno y famoso que tiene felicidad para los que le ven pasar. El número 1.

— Mejor quisiera que trajera felicidad á los que van dentro, dijo Mr. Gerard.

— ¿ Por qué no ? Trae felicidad para todo el mundo el número 1.

— Tanto mejor, tanto mejor, dijo Mr. Gerard tratando de calmar el entusiasmo del cochero por su número.

— Conque á las once se os esperará en el camino real, puesto que así lo queréis.

— Está bien, dijo Mr. Gerard en voz baja.

— Á unos cien pasos de la Cour-de-France, ¿ no es esto ?

— Sí, sí, eso es ; pero no hace falta que lo digáis tan alto.

— Es verdad : chitón pues, y si tenéis razones para ocultaros...

- ¿Yo? ¿por qué he de tener razones para ocultarme?
- Eso á mi no me concierne. En cuanto me pagan, ni veo, ni oigo, ni conozco. Á las once en el sitio convenido.
- Trataré de no haceros esperar.
- Hacedme esperar lo que queráis. No me disgusta. Me habéis tomado por horas; si queréis os llevaré así hasta el valle de Josafat, y seréis probablemente el único que vaya al juicio final en fiacre.

Y alegre y satisfecho con el chiste, Bernabé se entró riendo en la taberna, en tanto que, enjugándose el sudor que le caía de la frente, Mr. Gerard emprendió de nuevo el camino del castillo.

CAPÍTULO X.

UN OBJETO DIFÍCIL DE COLOCAR.

Mr. Gerard halló la puerta entreabierta y la azada apoyada en la pared.

Cerró la puerta con llave y guardó ésta en el bolsillo.

De pronto se asustó y se paró, con los ojos fijos en las ventanas del castillo.

Una de estas ventanas estaba iluminada.

Un estremecimiento de terror hizo temblar á aquel miserable de la cabeza á los pies.

De pronto recordó las dos bujías que había dejado encendidas.

Sólo que comprendió que había cometido una imprudencia.

Aquella luz que él había visto, otros podían verla también: se sabía que el castillo estaba deshabitado y esta luz podía dar lugar á muchas conjeturas.

Marchó, pues, con paso precipitado hacia el castillo, apartando siempre la vista del estanque; subió rápidamente el vestibulo y saltó sobre los escalones de la escalera.

Entró en el cuarto, apagó una bujía y ya se disponía á apagar la otra, cuando pensó que tenía que atravesar el corredor y bajar la escalera sin luz.

¡Ah! no había pensado en ello antes, preocupado como estaba con su miedo.

Pasado el miedo material volvió el miedo ideal.

¿Qué podía Mr. Gerard temer en los corredores y en la escalera de una casa desierta?

Lo que temen por poca semejanza que haya entre ellos el niño y el asesino: los fantasmas.

En la obscuridad, Mr. Gerard temía el oír andar detrás de él sin saber quién era, quién andaba.

Temía el que le tirasen del gabán sin saber quién tiraba.

Temía al dar la vuelta al corredor encontrarse frente á frente de algún espectro: espectro de niño ó espectro de mujer.

¿No había habido dos asesinatos y acaso tres en aquella casa maldita?

He aquí por qué Mr. Gerard había conservado la bujía encendida.

Podía salir por dos puertas: la del vestibulo y la del granero.

Llegado al vestibulo dudó.

Enfrente de esta puerta estaba el estanque, el terrible estanque.